

SOBRE CÓMO Y CUÁNDO SALE EL SOL EN EL CAMPO

Dicen que en el campo amanece antes, y que el sol también se pone más temprano. Mentira. Como casi todo lo que dicen los escritores de cuentos, es mentira. Eso depende del sitio, del momento y de según para cada quién. Y del campo, claro.

Para Marcos, bufanda al cuello, camiseta con un enorme 5 a la espalda y sonrisa radiante, el sol salió en el campo de fútbol, y más concretamente en el Hampden Park Stadium de Glasgow, el quince de mayo de 2002, el día que cumplía ocho años, sobre las nueve y media de la noche, justo en el momento en que Zidane cazaba el balón que le caía del cielo. Y desde entonces no se le ha vuelto a poner.

Para su bisabuelo Natalio, sin embargo, el sol salió y se puso de repente en plena noche, en el campo de batalla. Fue en Belchite, durante su turno de guardia. Un obús perdido, un Vickers de campaña de 105 milímetros, cayó a pocos metros de su trinchera. Lo dejó ciego y sordo para los restos, que total, tampoco fueron muy largos.

Para el otro bisabuelo, Pedro, las cosas no fueron muy distintas. La gente decía que el sol, el sol casi blanco del Mediterráneo, salía todas las mañanas. Pero él estaba empeinado en que se puso la tarde que el camión lo descargó en el campo de concentración de Albaterra, y nunca más volvió a salir. Como él, que tampoco volvió a salir de allí.

Lo mismo que para la bisabuela María. El sol se le puso una mañana de invierno en el camposanto, a la salida del pueblo, cuando echaban la primera paletada de tierra encima de su hijo, hijo también de la miseria y de la tuberculosis, que descansaba ahora junto a su Natalio. Jamás volvió a salir.

Al abuelo Santiago le fue mejor con el sol. Le salió una tarde, en el campo de amapolas, la primera vez que vio a su novia desnuda. Y a partir de entonces, aunque muy de tarde en tarde se ponía, pronto volvía a salir dentro de la alcoba, entre las sábanas de hilo.

De todas formas, en mi pueblo hace ya mucho tiempo que el sol no termina de salir. Se asoma por el horizonte, echa un vistazo, y se vuelve a poner por el mismo sitio. Dicen que eso es porque ahora pasa casi todo el tiempo en la costa, que allí le pagan mejor. Pero no hagáis caso. El sol no sale por culpa del pueblo. Mi pueblo es pequeño, palurdo, grave, tan sucio por fuera, tan miserable por dentro, que se diría todo de rencor, que no tiene alma. Mi pueblo, y el campo seco en el que se ahoga, son tan feos que el sol, cada mañana, se asoma por el horizonte, ve lo que hay por allí y se marcha por donde ha venido.

Mi pueblo es tan feo que el pequeño Marcos, mi hijo, que no lleva el nombre de su padre, ni el de su abuelo, ni el de su bisabuelo, jamás lo va a pisar, si Dios quiere.

Leandro Llamas Pérez